

principal en el asalto al cuartel de Moncada. El joven Fidel Castro, católico militante, vio así perdonada su pena de muerte y más tarde, siempre gracias a la influencia del obispo, salió de la cárcel para ir al exilio. Fue él quien con un grupo revolucionario desembarcó en Cuba el 2 de diciembre de 1956, y desde la playa solitaria de la provincia de Oriente se metió en Sierra Maestra. Un mes después, el ejército de Batista tendió una emboscada al grupo y lo dejó reducido a apenas doce personas. Tardaron dos años en levantar en armas a prácticamente todo un pueblo; en 1958, Castro anunció la guerra total y la marcha sobre La Habana; después, la huelga general, la rebelión de la armada, terminaron de derribar al tirano, que tuvo que huir en los últimos días de 1958.

Fue de nuevo el exilio dorado —primero en Ciudad Trujillo, luego en España—, con una fortuna imposible de evaluar correctamente —en las cifras barajadas estos días se habla de 3.000 a 160.000 millones de pesetas—, pero incapaz ya de conmovir a nadie para devolverle el poder. Batista no fue capaz de canalizar todo el enorme exilio cubano ni movilizar sus recursos.

Los epitafios que el país que le protegió, Estados Unidos, le dedica a su muerte no son nada halagüeños. "El estado policiaco de Batista fue uno de los más brutales y corrompidos del hemisferio occidental", escribe en un editorial el "New York Times". "Decir que Batista por sí solo fue el responsable del cataclismo político que llevó a Fidel Castro al poder sería ignorar demasiado la torturada historia de Cuba como colonia de España y bajo la tutela de los Estados Unidos. Pero las represiones de la dictadura de Batista, en la cual millares de cubanos fueron asesinados y torturados, ayudó, ciertamente, a los brutales excesos de la dictadura de Castro". Podría añadirse que si los Estados Unidos no hubiesen cerrado totalmente el camino del entendimiento con Castro cuando éste acababa de instalar el poder revolucionario, y se hubieran solidarizado como lo hicieron con Batista, Cuba no hubiese tenido necesidad de convertirse en una dictadura defensiva a unas millas de un poder gigantesco que hasta hace poco soñaba con repetir los desembarcos. ■ JUAN ALDEBARAN.

JUAN ALDEBARAN

AGOSTO: EL MES DE LA BOMBA

Como todos los años, el 6 de agosto, una multitud silenciosa y ordenada se ha reunido en el Parque de la Paz, de Hiroshima. Es el Día de la Bomba. Un 6 de agosto, el de 1945, el cuatrimotor «Enola Gray» voló sobre la ciudad; a los ocho y quince, uno de los jóvenes oficiales de a bordo oprimió un botón, y el comandante se elevó y se alejó de la zona, mientras caía la primera bomba atómica de la Historia de la Humanidad. La explosión mató en el acto ochenta mil personas. Otras tantas resultaron heridas, contaminadas, alcanzadas de algún modo. Y todas, las doscientas cuarenta y cinco mil que habitaban la ciudad, fueron terriblemente dañadas por la pérdida de familiares, de bienes y del sentido de la vida.

La bomba se llamaba «Gilda». Era una broma de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos. Algo simpático. «Gilda» era una película de Rita Hayworth, y se suponía que Rita era algo así como una bomba de provocación (cuando la película se proyectó en Madrid hubo algunas manifestaciones de protesta de puritanos; arrojaron tinteros a las carterías del cine en que se estrenó y se comentó desfavorablemente la liberalidad de la censura del ministro Arias Salgado, al que algunos predijeron la condena en el fuego eterno. ¡Aquel santo varón!). Bien, la llamaron «Gilda», la arrojaron sobre Hiroshima y mataron ochenta mil personas.

Las demás han seguido muriendo. Cada año, el cenotafio del Parque de la Paz recibe los nombres de las personas que han muerto después de la ceremonia del año anterior por razones que se suponen relacionadas con la bomba. Este año, el alcalde ha depositado una lista de 2.650 nombres. Y ha pronunciado la alocución de costumbre: que no haya más Hiroshimas en el mundo. Ha condenado las explosiones de ensayo francesas, ha pedido que Francia y China se unan al esfuerzo por la paz atómica, y se ha retirado a esperar la ceremonia del año que viene. Unos miles de cámaras fotográficas le han ametrallado durante su discurso: los turistas. Hiroshima se ha convertido en una de las primeras ciudades turísticas del mundo, y no hay padre americano que no quiera llevar a sus hijos a Hiroshima y contarle allí la historia de cómo el feroz enemigo nipón fue vencido. Hay algunos, liberales, que cuentan el cuento para niños de la maldición que pesa sobre quie-

nes intervinieron en aquella operación. Uno de los pilotos, Leroy Lehman, se hizo fraile después de una crisis de conciencia. Los otros miembros de la tripulación han tenido vidas más desdichadas. Y hasta la misma Rita Hayworth, que dio el nombre de su personaje Gilda a la bomba, ha pasado una vida poco afortunada, a pesar de sus éxitos, su dinero y sus felices matrimonios gloriosos —del Alí Khan a Orson Welles, o quizá a la inversa, que da igual—.

Al mencionar estos nombres de la maldición no se cita nunca al de Truman, que fue quien dio la orden de largar la bomba —y luego, la de Nagasaki—. No hay posibilidad. La vida de Truman fue feliz antes y después; cumplió largamente sus mandatos presidenciales, se retiró después y ha vivido una larga vida, respetado y querido por sus conciudadanos, honrado con elogiosas necrológicas en el momento de su muerte. Es cierto que Truman tenía motivos muy importantes para lanzar las bombas atómicas. Se habían ensayado en el desierto de Nevada, pero no se sabía lo que realmente podían dar de sí sobre una población civil; la guerra se estaba acabando y, si se acababa antes, los dueños de la bomba se quedarían sin saber cuál era su verdadera capacidad de acción. Por otra parte, la URSS debía conocer cuál era el arma secreta de Estados Unidos, con objeto de plegarse a las fórmulas de reparto del mundo que se la impusieran, y al predominio de Estados Unidos. Aún más, la URSS, que había quedado ya libre en Europa, iba a proyectarse seriamente sobre Asia, y exigiría su parte. En efecto, si Truman no se adelantaba con las bombas atómicas, hubiese llegado tarde; Stalin declaró unos días después la guerra al Japón. Que estaba vencido desde antes de Hiroshima, y estaba negociando una paz. No había podido sufrir los primeros ataques sobre Tokio. Estos se hicieron un poco antes que el de Hiroshima: a partir del 9 de abril de 1945. Eran bombas convencionales. Las superfortalezas lanzaron aquel día 677 toneladas de bombas incendiarias, destruyeron 38.000 kilómetros cuadrados y mataron en el momento 185.000 personas; más del doble de lo que sucedería en Hiroshima. Pero como eran bombas convencionales, el caso no se conmemora. Los mitos son los mitos.

Se hizo saber entonces que aquellas bombas tenían por objeto salvar vidas humanas. Como ahora en Camboya, como hasta

